Romancero de ZAMORA

BEN
82-1
rom

Romancero de ZAMORA

Edición, selección y prólogo de

Arroyo de la Miel
Sig.: BEN 82-1 rom
Tít.: Romancero de Zamora
Aut.:
Cód.: 1000014356 R.26052 FL

F.L.

Pour Emil, en
souvenir de
l'année 2001-02
au lycée
Sinda

D

Pour Emil, en
souvenir de
l'année 2004-05
au lycée
Sinclo

ROMANCERO DE ZAMORA

Colección MÍNIMA

A David, mi hijo zamorano.

Romancero de ZAMORA

R.26052

Edición, selección y prólogo de

JESÚS MAJADA

Caligrama

Caligrama Ediciones
c/ El Pinar, 28
29631-Benalmádena (Málaga)
Tnos. 952 44 64 58 – 952 23 51 04
E-mail: caligrama@terra.es

Depósito legal: MA-1283-2000
ISBN: 84-931763-8-9

Está permitida la reproducción parcial
o total del contenido de esta obra

Armada está sobre peña
Tajada toda esta villa,
los muros tiene muy fuertes,
torres ha en gran demasía.
Duero la cercaba al pie,
fuerte es a maravilla...

Riberas de Duero arriba
cabalgan los zamoranos
en caballos alazanes
ricamente enjaezados..

Caligrama Ediciones
c/ El Pinar, 22
[illegible]
Telf. 952 44 64 58 - 952 23 51 04
E-mail: [illegible]

Depósito legal: MA-1283-2000
ISBN: 84-931765-[illegible]

Está permitida la reproducción parcial
o total del contenido de esta obra

Hay muchas ciudades en España que todavía conservan vestigios de su antiguo pasado. Pero sólo en unas pocas ha pervivido el recuerdo de que en ellas sucedieron hechos trascendentes. Para quien busque sus raíces medievales no sólo en las piedras y en las calles sino también en las palabras y en la música de los versos, que vaya a Castilla, y en

Castilla ninguna ciudad como Zamora.

La memoria de los pueblos de Castilla ha permanecido en los romances y a través de sus versos se bebe el agua de la historia. Este abundante manantial se remansa fecundamente en Zamora para narrarnos acontecimientos de hace casi mil años...

* * *

Anteponiendo el amor paterno al deber patrio, el rey Fernando I a su muerte divide el reino entre sus hijos, otorgando a Sancho Castilla, León a Alfonso, Galicia a García, y deja para sus dos hijas, Elvira y

Urraca, las ciudades de Toro y Zamora.

No fue el reparto del gusto del primogénito Sancho, pues a poco de morir su padre, y desoyendo los consejos del Cid, emprende guerra contra los hermanos y pone cerco a Zamora. Entre los sitiadores se encuentra Rodrigo de Vivar, que se había educado en la corte del rey Fernando, y que acompaña a Sancho por ser su vasallo; cuando Urraca lo ve le recrimina su acción, y el Cid, avergonzado, ordena a sus soldados que se retiren.

Tras siete meses de asedio, y dispuestos los zamoranos a seguir

resistiendo, sale del fuerte recinto un forastero, avecindado en la ciudad, llamado Vellido Dolfos, que consigue ganarse la confianza del monarca sitiador; ambos van juntos un día a recorrer las cercanías y observar una de las puertas de la muralla, por la que Vellido le dice podía ser tomada la ciudad, y en un descuido del Rey, el traidor y fingido amigo atraviesa la espalda del soberano con una lanza, dejándole mortalmente herido, y se refugia en la ciudad por el todavía llamado "Portillo de la Traición".

Los castellanos levantan el cerco, pero un primo del rey, Diego

Ordóñez, reta a los zamoranos acusándoles de traidores: como se reta a una ciudad y no a una persona, el retador ha de luchar contra cinco zamoranos. No interviene en el asunto el Cid, pues, una vez muerto el rey, nada quiere contra Zamora. Responde al reto Arias Gonzalo, anciano padrino de doña Urraca, y envía uno a uno sus hijos al combate: mueren los dos primeros, y el tercero, Hernán de Arias, cae malherido, pero antes hiere a Diego Ordóñez y consigue sacarle fuera de los mojones del campo de la justa; Diego quiere volver, pero los jueces no se lo permiten, pues aunque Hernán cayó herido lo hizo dentro del cam-

po y, por tanto, es dueño de él y vencedor.

Así Diego Ordóñez queda con la prez de su hazaña no acabada, y Arias Gonzalo es confortado en el duelo de sus hijos por haber salvado Zamora del reto de traición.

* * *

En más de una ocasión me he preguntado por qué en Zamora no hay una calle, una estatua, una plaza dedicada a Vellido Dolfos: al fin y al cabo su acción permitió a los zamoranos terminar con el cerco y con la guerra.

Releyendo estos poemas me he dado cuenta de que entonces -

¿hubiera sido lo mismo ahora?- no se valoraba sólo el resultado de las acciones, sino más aún el medio de conseguirlas. Los zamoranos se sintieron ofendidos cuando se les acusó de traición: no de haber matado al rey, sino de haberlo hecho alevosamente. El mismo Arias Gonzalo desde la muralla advierte al rey Sancho de que se guarde de Vellido Dolfos.

Y es que todo está en el Romancero de Zamora. Ruindades e hidalguías, amores y ambiciones, templanzas y discordias; lealtades, noblezas, gallardías; y también traiciones, afrentas, crímenes, venganzas...

en fin, la vida. Esto y no más es este Romancero. Bueno, sí: además es grandeza épica y aliento de historia. Leyendo estos romances, al punto se le ocurre pensar a quien haya estado en Zamora que todo aquello de doña Urraca y el Cid, de Arias Gonzalo y sus hijos, de los retos y las justas no pudo ocurrírsele al juglar sino ante la contemplación de las recias murallas, ante el sobrecogimiento del pétreo cimborrio de la catedral, ante la visión del Duero desde las almenas, ante la percepción del paisaje que se columbra en lontananza.

EL ROMANCE PRIMERO

Dice cómo el rey Fernando I en su lecho de muerte reparte el reino entre sus hijos

Doliente se siente el rey,
ese buen rey don Fernando;
los pies tiene hacia oriente
y la candela en la mano.
A su cabecera tiene
arzobispos y prelados,
a su mano derecha tiene
a sus fijos todos cuatro.
Los tres eran de la reina
y el uno era bastardo,
ese que bastardo era
quedaba mejor librado:
arzobispo es de Toledo,

maestre de Santiago,
abad era en Zaragoza,
de las Españas primado.
-Hijo, si yo no muriera,
vos fuerades Padre Santo,
mas con la renta que os queda
vos bien podréis alcanzarlo.
Ellos estando en aquesto,
entrara Urraca Fernando,
y vuelta hacia su padre
de esta manera ha hablado:

ROMANCE SEGUNDO

En que doña Urraca recrimina a su padre que la haya olvidado en el testamento

-Morir vos queredes, padre,
Sant Miguel vos haya el alma;
mandástedes vuestras tierras
a quien se vos antojara.
Diste a don Sancho a Castilla,
Castilla la bien nombrada;
a don Alfonso a León,
con Asturias y Sanabria,
y a don García a Galicia,
con Portugal la preciada.
A mí, porque soy mujer,
dejáisme desheredada;
irme he yo por estas tierras

como una mujer errada,
y este mi cuerpo daría
a quién bien se me antojara;
a los moros por dinero
y a los cristianos de gracia:
de lo que ganar pudiere
haré bien por vuestra alma.
Allí preguntara el Rey:
-¿Quién es esa que así habla?
Respondiera el arzobispo:
-Vuestra hija doña Urraca.
-Callades, hija, callades,
non digades tal palabra,
que mujer que tal decía
merece ser quemada.
Allá en Castilla la Vieja
un rincón se me olvidaba,
Zamora había por nombre,

Zamora la bien cercada;
de parte la cerca el Duero,
del otro peña Tajada,
del otro la Morería;
una cosa muy preciada.
Quien os la tomare, hija,
la mi maldición le caiga.
Todos dijeron amén,
sino don Sancho que calla.

ROMANCE TERCERO

En que el Cid contradice las intenciones reivindicatorias de Sancho II, el primogénito.

-¡Rey don Sancho, rey don Sancho,
ya que te apuntan las barbas,
quien te las vido nacer
no te las verá logradas!
Aquestos tiempos andando
unas cortes ordenara,
y por todas las sus tierras
enviaba las sus cartas;
las unas iban de ruego,
las otras iban con saña,
a unos ruega que vengan,
a otros amenazaba.

Ya que todos son llegados,
de esta suerte les hablara:
-Ya sabéis, los mis vasallos,
cuando mi padre finara,
cómo repartió sus tierras
a quien bien se le antojara:
las unas dio a doña Elvira,
las otras a doña Urraca,
las otras a mis hermanos;
todas estas eran mías
porque yo las heredaba.
Ya que yo se las quitase
ningún agravio aquí usaba,
porque quitar lo que es mío
a nadie en esto dañaba.

Todos miraban al Cid
por ver si se levantaba
para que responda al Rey

lo que en esto le agradaba.
El Cid, que ve que le miran,
de esta suerte al Rey hablaba:
-Ya sabéis, Rey mi señor,
cómo, cuando el Rey finara,
hizo hacer juramento
a cuantos allí se hallaban,
que ninguno de nosotros
fuese contra lo que él manda,
y que ninguno quitase
a quien él sus tierras daba.
Todos dijimos amén,
ninguno lo rehusara;
pues ir contra el juramento
no haya ley que lo manda.
Mas si vos queréis, señor,
hacer lo que os agradaba,
nós no podemos dejar

de obedecer vuestra manda;
mas nunca se logran hijos
que al padre quiebran palabra,
ni tampoco tuvo dicha
en cosa que se ocupaba;
nunca Dios le hizo merced
ni es razón que se la haga.

ROMANCE CUARTO

Del cerco de Zamora

Apenas era el Rey muerto
Zamora ya está cercada;
de un cabo la cerca el Rey,
del otro el Cid la cercaba.
Del cabo que el Rey la cerca
Zamora no se da nada;
del cabo que el Cid la aqueja,
Zamora ya se tomaba;
corren las aguas del Duero
tintas en sangre cristiana.
Habló el viejo Arias Gonzalo,
el ayo de doña Urraca:
-Vámonos, hija, a los moros
dejad a Zamora salva,

pues vuestro hermano y el Cid
tan mal os desheredaban.

Doña Urraca en tanto aprieto
se asomaba a la muralla
y allí de una torre mocha
el campo del Cid miraba.

ROMANCE QUINTO

En que doña Urraca recuerda cuando el Cid se criaba con ella en su palacio en Zamora

-¡Afuera, afuera, Rodrigo,
el soberbio castellano!
Acordársete debría
de aquel buen tiempo pasado
que te armaron caballero
en el altar de Santiago,
cuando el rey fue tu padrino,
tú, Rodrigo, el ahijado;
mi padre te dio las armas,
mi madre te dio el caballo,
yo te calcé espuela de oro
porque fueses más honrado;
pensando casar contigo,

¡no lo quiso mi pecado!,
casástete con Jimena,
hija del conde Lozano;
con ella hubiste dineros,
conmigo hubieras estados;
dejaste hija de rey
por tomar la de un vasallo.

En oír esto Rodrigo
volvióse mal angustiado:
-¡Afuera, afuera, los míos,
los de a pie y los de a caballo,
pues de aquella torre mocha
una vira me han tirado!
No traía el asta hierro,
el corazón me ha pasado;
¡ya ningún remedio siento,
sino vivir más penado!

ROMANCE SEXTO

En que dos caballeros zamoranos vencen a tres condes castellanos

Riberas de Duero arriba
cabalgan dos zamoranos,
que, según dicen las gentes,
padre e hijo son entrambos;
padre e hijo son los hombres,
padre e hijo los caballos.
Las divisas llevan verdes,
los caballos alazanos;
fuertes armas traen secretas
y encima muy ricos mantos;
adargas ante sus pechos,
gruesas lanzas en sus manos;
espuelas llevan jinetas

y los frenos plateados;
y por un repecho arriba
suben más recios que galgos.
Salen a mirarlos todos
del real del rey don Sancho;
desque cerca del real fueron
sofrenaron los caballos,
y al cabo de una gran pieza
soberbios ansí han fablado:
-¿Tendredes dos para dos
caballeros castellanos
que quisiesen hacer armas
con otros dos zamoranos,
para daros a entender
que no hace el rey como hidalgo
en quitar a doña Urraca
cuanto su padre le ha dado?
No queremos ser tenidos,

ni queremos ser honrados,
ni rey de nós haga cuenta,
ni conde nos ponga al lado,
si a los primeros encuentros
no los hemos derribado.
Y siquiera salgan tres,
y siquiera salgan cuatro,
y siquiera salgan cinco,
no les huiremos el campo;
con tal que no salga el Cid,
ni ese noble rey don Sancho,
que lo habemos por señor,
y el Cid nos ha por hermanos;
de los castellanos otros
salgan los más esforzados.

Tres condes lo están oyendo,
todos tres eran cuñados:
-¡Los de Zamora, atendednos,

que nos estamos armando!

Mientras los condes se armaban,
el padre al hijo está hablando:
—Volved, hijo, vuestros ojos
a Zamora y sus andamios,
mirad dueñas y doncellas
cómo nos están mirando.
Hijo, no miran a mí,
porque ya soy viejo y cano;
mas miran a vos, mi hijo,
que sois mozo y esforzado.
Si vos hacéis como bueno
seréis de ellas muy honrado;
mas si lo hacéis de cobarde,
seréis de ellas ultrajado.
Afirmaos en los estribos,
terciad la lanza en las manos,
esa adarga ante los pechos

y apercibid el caballo,
que al que primero que acomete
tienen por más esforzado.
Apenas esto hubo dicho,
ya los condes han llegado;
el uno viene de negro,
el otro viene de blanco
y el otro viene de verde
porque estaba enamorado.
Vanse unos para otros
como hombres desafiados;
a los encuentros primeros
el viejo uno ha derrocado.
Vuelve la cabeza el viejo,
vio al hijo no bien parado;
arremete para el conde,
pasólo de claro en claro.
El hijo va contra el otro:

ahuyentado lo ha del campo;
por este que se les iba
el viejo se está mesando.
Preguntaba el padre al hijo:
—Decid, hijo, ¿estáis llagado?
—Eso os pregunto, señor,
que no estoy sino muy sano.
—Pues tornemos a Zamora;
serás, hijo, muy honrado.
¡Cuán gran alegría hacen
por torres y por andamios;
que el viejo de armas secretas
era el viejo Arias Gonzalo!

ROMANCE SÉPTIMO

Del caballero leal zamorano y del traidor Vellido Dolfos, que mató al rey don Sancho

Sobre el muro de Zamora
vide un caballero erguido;
al real de los castellanos
decía con grande grito:
—¡Guarte, guarte, rey don Sancho,
no digas que no te aviso,
que del cerco de Zamora
un traidor había salido:
Vellido Dolfos se llama,
hijo de Dolfos Vellido;
si gran traidor fue su padre,
mayor traidor es el hijo;

cuatro traiciones ha hecho,
y con ésta serán cinco!
Si te engaña, rey don Sancho,
no digas que no te aviso.

Gritos dan en el real:
—¡A don Sancho han malherido!
¡Muerto le ha Vellido Dolfos;
gran traición ha cometido!

Desque le tuviera muerto
metióse por un postigo;
por las calles de Zamora
va dando voces y gritos:
—¡Tiempo era, doña Urraca,
de cumplir lo prometido!

ROMANCE OCTAVO

Del llanto de los castellanos

Muerto yace el rey don Sancho.
Vellido muerto le había
pasado está de un venablo
que a la tierra le cosía.
Llorando están a par de él
obispos y clerecía;
llórale la hueste toda,
ricoshombres de Castilla.
Don Rodrigo de Vivar
es el que más lo sentía:
-¡Rey don Sancho, rey don Sancho,
muy aciago fue aquel día
en que cercaste a Zamora

contra la voluntad mía!
¡La maldición de tu padre
en mal hora se cumplía!
Levantóse Diego Ordóñez,
que a los pies del rey yacía;
la flor es de los de Lara
y lo mejor de Castilla:
—Que se nombre un caballero,
antes que se pase el día,
para retar a Zamora
por tan grande alevosía.
Todos dicen que es muy bien,
mas nadie al campo salía;
mirando estaban al Cid
por ver si el reto él haría;
mas el Cid, que los entiende,
desta manera decía:
—Yo me armé contra Zamora,

pues don Sancho lo quería;
muerto mi señor el rey,
juré de no combatirla;
grande deudo he con la Infanta,
quebrantarlo no podía.

Allí hablara Diego Ordóñez
lleno de malenconía:
—Mal habéis jurado, Cid,
lo que jurar no debíais.

ROMANCE NONO

En que Diego Ordóñez reta a los zamoranos

Ya cabalga Diego Ordóñez,
ya del real había salido,
armado de piezas dobles
sobre un caballo morcillo;
va a retar los zamoranos,
por muerte del rey su primo.
Vido estar a Arias Gonzalo
en el muro del castillo;
allí detuvo el caballo,
levantóse en los estribos:
—¡Yo os reto, los zamoranos
por traidores fementidos!
¡Reto a mancebos y viejos,

reto a mujeres y niños,
reto también a los muertos
y a los que aún no son nacidos;
reto la tierra que moran,
reto yerbas, panes, vinos,
desde las hojas del monte
hasta las piedras del río,
pues fuisteis en la traición
del alevoso Vellido!

Respondióle Arias Gonzalo,
como viejo comedido:
—Si yo fuera cual tú dices,
no debiera ser nacido.
Bien hablas como valiente,
pero no como entendido.
¿Qué culpa tienen los muertos
en lo que hacen los vivos?
Y en lo que los hombres hacen,

¿qué culpa tienen los niños?
Dejéis en paz a los muertos;
sacad del reto a los niños,
y por todo lo demás
yo habré de lidiar contigo.
Mas bien sabes que en España
antigua costumbre ha sido
que hombre que reta a Consejo
haya de lidiar con cinco,
y si uno de ellos le vence,
el Consejo queda quito.

Don Diego cuando esto oyera
algo fuera arrepentido;
mas sin mostrar cobardía,
dijo: —Afírmome a lo dicho.

ROMANCE DECENO

Sobre las deliberaciones de los zamoranos para responder al riepto.

Después que retó a Zamora
don Diego Ordóñez de Lara,
vengador noble y valiente
del rey Sancho, que Dios haya,
su consejo tiene junto
en palacio doña Urraca,
por su hermano dolorida,
por su reto lastimada.
Y como la vil envidia,
cuanto no merece, tacha
de la virtud enemiga,
peligro de la privanza,
murmuraba maldiciente

de Arias Gonzalo que falta,
sospechando falsamente
que es por mengua su tardanza.
A aquellos que lo calumnian,
empuñando la su espada,
denodado les responde
Nuño Cabeza de Vaca:
—Aquel civil que presuma
temor, bajeza o fe mala
de Arias Gonzalo mi tío,
miente, miente por la barba;
y el que negare el respeto
a sus venerables canas,
a mí que las reverencio
me ponga la tal demanda.
Estando en esto, el buen viejo
entró grave por la sala,
arrastrando grande luto,

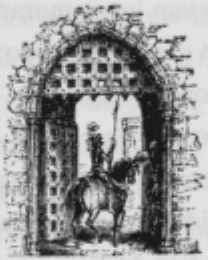
haciendo sus hijos plaza.
La mano a la Infanta pide,
mesura fizo a la Infanta,
saludó a los homes buenos,
y de esta suerte les fabla:
—Noble Infanta, leal Concejo,
don Diego Ordóñez de Lara,
que para buen caballero
este apellido le basta,
en vez del Cid don Rodrigo,
que con vos juró alianza,
por la pro de su rey muerto
con infame reto os carga.
A vuestro cabildo vengo,
con estos cuatro en compaña,
ciudadanos, fijos míos,
de Laín Calvo sangre honrada.
Tardéme un poco en venir,

que pláticas no me agradan
cuando los negocios piden
obras, valor y venganza.

A una el viejo y sus fijos
los largos capuces rasgan
quedando en armas lucidas;
lloró de nuevo la Infanta,
los viejos graves se admiran,
los mozos se avergonzaban
porque todos daban voces,
y nadie quien lidie daba.
Arias Gonzalo prosigue
diciendo: —Recibe, Urraca,
mis canas para consejo,
mis fijos para batalla;
dales tu mano, señora,
que su juventud lozana
será invencible, si fuere

de tu mano real tocada.
Honrar a la gente buena,
y esotra común pagarla,
le cumple al rey, que desea
domeñar fuerzas contrarias;
y con sangre de don Diego
que se quite aquella mancha
que a ti y a tu pueblo reta
con tan insufrible infamia;
si esta sangre, que es buena
y se ha de vender muy cara,
faltare, su muerte honrosa
viva mantendrá su fama.
Yo seré el quinto y primero
que volveré por la causa,
aunque mi vejez parezca
mocedad noble afrentada.
Al campo me voy, señora;

no me deis por esto gracias,
que el buen vasallo al buen rey
debe hacienda, vida y fama.



ROMANCE ONCENO

Arias Gonzalo y sus hijos se aprestan para el combate

Tristes van los zamoranos,
metidos en gran quebranto;
reptados son de traidores,
de alevosos son llamados:
más quieren ser todos muertos
que no traidores nombrados.
Día era de San Millán,
ese día señalado;
todos duermen en Zamora,
mas no duerme Arias Gonzalo.
Acerca de las dos horas
del lecho se ha levantado:

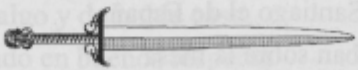
castigando está sus hijos,
a todos cuatro está armando;
las palabras que les dice
son de mancilla y quebranto:
—Ayúdeos Dios, hijos míos;
guárdeos Dios, hijos amados,
pues sabéis cuán falsamente
habemos sido reptados;
tomad esfuerzo, mis hijos,
si nunca lo habéis tomado:
acordaos que descendéis
de la sangre de Laín Calvo,
cuya noble fama y gloria
hasta hoy no se ha olvidado,
pues que sabéis que don Diego
es caballero preciado,
pero mantiene mentira
y Dios de ello no es pagado:

el que de verdad se ayuda,
de Dios siempre es ayudado.
Uno falta para cinco,
porque no sois más de cuatro;
yo seré el quinto, y primero
que quiero salir al campo.
Morir quiero y no ver
muerte de hijos que tanto amo.
Mis hijos, Dios os bendiga,
como os bendice mi mano.

Sus armas pide el buen viejo,
sus hijos le están armando:
las grevas le están poniendo;
doña Urraca había entrado;
los brazos le echara encima,
muy fuertemente llorando:
—¿Dónde vais, mi padre viejo,
o para qué estáis armado?

Dejad las armas pesadas,
que ya sois viejo cansado,
que sabéis, si vos morís,
perdido es todo mi estado.
Acordaos que prometistes
a mi padre don Fernando
de nunca desampararme
ni dejar de vuestra mano.
—Pláceme, señora hija—,
respondió Arias Gonzalo.

Cabalgara Pedro de Arias,
su hijo, que era el mediano,
que aunque era mozo de días,
era en obras esforzado.



ROMANCE DOCENO

En que el zamorano Pedro Arias se prepara para el reto y recibe los consejos de su padre.

El hijo de Arias Gonzalo,
el mancebito Pedro Arias,
para responder a un reto
velando estaba unas armas:
era su padre el padrino,
la madrina doña Urraca,
y el obispo de Zamora
es el que la misa canta.
El altar tiene compuesto,
y el sacristán perfumaba
a San Jorge y San Román,
y a Santiago el de España;
estaban sobre la mesa

las nuevas y frescas armas,
dando espejos a los ojos
y esfuerzo a quien las miraba.
Salió el obispo vestido,
dijo la misa cantada,
y el arnés pieza por pieza
bendice, y arma a Pedro Arias:
enlázale el rico yelmo,
que como el sol relumbraba,
relevado de mil flores,
cubierto de plumas blancas.
Al armarle caballero
sacó el padrino la espada,
dándole con ella un golpe
le dice aquestas palabras:
—Caballero eres, mi hijo,
hidalgo y de noble casta,
criado en buenos respetos

desde los pechos del ama;
hágate Dios tal que seas
como yo deseo que salgas:
en los trabajos sufrido,
esforzado en las batallas,
espanto de tus contrarios,
venturoso con la espada,
de tus amigos y gentes
muro, esfuerzo y esperanza.
No te agrades de traidores
ni les mires a la cara;
de quien de ti se fiare
no le engañes, que te engañas;
perdona al vencido triste
que no puede tomar lanza;
no des lugar que tu brazo
rompa las medrosas armas;
mas en tanto que durare

en tu contrario la saña,
no dudes el golpe fiero,
ni perdones la estocada.
A Zamora te encomiendo
contra don Diego de Lara,
que nada siente de honra
quien no defiende su casa.

En el libro de la misa
le toma jura y palabra.
Pedrarias dice: —Sí, otorgo
por aquestas letras santas.
El padrino le dio paz,
y el fuerte escudo le embraza,
y doña Urraca le ciñe
al lado izquierdo la espada.

ROMANCE TRECENO

El zamorano Pedro Arias se enfrenta a Diego Ordóñez y muere.

Por la puerta de Zamora
se sale fuera y armado;
topárase con don Diego,
su enemigo y su contrario:
—Sálveos Dios, don Diego Ordóñez,
y él os haga prosperado,
en las armas muy dichoso,
de traiciones libertado.
Ya sabéis que soy venido
para lo que está aplazado,
a libertar a Zamora
de lo que le han levantado.
Don Diego le respondiera
con soberbia que ha tomado:

—Todos juntos sois traidores,
por tales seréis quedados.
Vuelven los dos las espaldas
por tomar lugar del campo,
hiriéronse juntamente
en los pechos muy de grado:
saltan astas de las lanzas
con el golpe que se han dado;
no se hacen mal alguno
porque van muy bien armados.
Don Diego dio en la cabeza
a Pedrarias desdichado,
cortárale todo el yelmo
con un pedazo del casco;
desque se vido herido
Pedrarias y lastimado,
abrazárase a las crines
y al pescuezo del caballo;

sacó esfuerzo de flaqueza,
aunque estaba mal llagado,
quiso ferir a don Diego,
mas acertó en el caballo,
que la sangre que corría
la vista le había quitado.
Cayó muerto prestamente
Pedrarias el castellano.

ROMANCE CATORCENO

Sale a combatir por los zamoranos el segundo de los Arias y también muere

Don Diego que vido aquesto,
toma la vara en la mano,
dijo a voces: —¡Ah, Zamora!
¿Dónde estás, Arias Gonzalo?
Envía al hijo segundo,
que el primero ya es finado:
ya se acabaron sus días,
su juventud fin ha dado.
Envió el hijo segundo,
que Diego Arias es llamado.
Tornara a salir don Diego
con armas y otro caballo,
y diérale fin a aqueste
como al primero le ha dado.

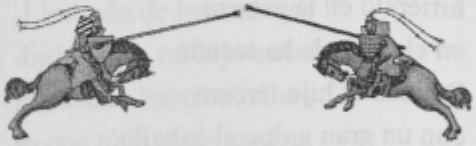
ROMANCE QUINCENO

El zamorano Hernán de Arias sale al combate y es herido, pero obliga a salir del campo a Diego Ordóñez.

El Conde viendo a sus hijos,
que los dos le han ya faltado,
quiso enviar al tercero,
aunque con temor doblado.
Llorando de los sus ojos
dijo: —Ve, mi hijo amado,
haz como buen caballero
lo que tú eres obligado;
pues sustentas la verdad,
de Dios serás ayudado;
venga las muertes sin culpa,
que han pasado tus hermanos.
Hernán de Arias, el tercero

al palenque había llegado;
mucho mal quiere a don Diego,
mucho mal y mucho daño.
Alzó la mano con saña
un gran golpe le había dado;
mal herido le ha en el hombro,
en el hombro y en el brazo.
Don Diego con el su estoque
le hiriera muy de su grado:
hiriéralo en la cabeza,
en el casco le ha tocado.
Recudó el hijo tercero
con un gran golpe al caballo,
que hizo ir a don Diego
huyendo por todo el campo.
Así quedó esta batalla
sin quedar averiguado
cuáles son los vencedores:

los de Zamora o del campo.
Quisiera volver don Diego
a la batalla de grado;
mas no quisieron los fieles,
licencia no le han dado.



ROMANCE DIECISEISENO

Arias Gonzalo recrimina a Diego Ordóñez su cobardía, pero éste lo aplaca con mansedumbre, y zamoranos y castellanos deponen las armas.

Ante los nobles y el vulgo
de ese pueblo zamorano,
hablando con Diego Ordóñez
está el viejo Arias Gonzalo.
En las palabras que dice
con pecho feroz y airado
Arias demuestra su enojo,
y Ordóñez su pecho hidalgo.
—Cobarde —el viejo le dice—,
animoso con muchachos,
pero con hombres de barba,
tímido cual liebre al galgo;

si yo a batalla saliera,
no viviérades ufano,
ni trajera por mis hijos
aqueste capuz cerrado;
que por vos, el de Vivar,
le trajera cual le traigo,
siendo la menor hazaña
que se aplicara a mi brazo,
pues bien sé que sois, Ordóñez,
más arrogante que bravo,
y sabéis que en todo tiempo
obro más de lo que hablo,
y con aquesto sabéis
que por miedo, el rey don Sancho
estorbó que los tres condes,
no entraran conmigo en campo,
contando mis valentías
cuando dijo al zamorano:

"Mete hierro y saca sangre,
y espolea ese caballo".
Y cuando maté a los dos,
por el que se fue escapando
cual si yo fuera el vencido
quedé mi barba mesando;
y también como los condes,
porque fueron tan osados,
del encuentro de mi lanza
volaron de los caballos,
a cuya causa las damas
bajaron de los andamios,
y a competencia mi cuello
enlazaron con sus brazos,
por los que dieran mancebos
sus tiernos y verdes años,
movidos sólo de envidia
de los de este viejo cano.

También tendredes memoria
de cuando con diez paganos
tuve solo escaramuza dando,
de diez, nueve al campo;
y con aquesta noticia
de cuando vencí a Albenzaidos,
saliendo de industria a pie,
y el diestro moro a caballo,
cuando le dejé la vida
porque dijo: —Arias Gonzalo,
más vale ser tu vencido,
que ser vencedor de un campo.
Y otros hechos valerosos
que el mundo dice y yo callo,
porque en infinito tiempo
no hay tiempo para contallo.
Porque de pavor no mueras
aqueste estoque no arranco,

que está de un millón de muertos
boto y de sangre esmaltado.
Estas honrosas hazañas
por tu infamia y mi honor saco;
las tuyas son que mataste
un rapaz y otro muchacho.

El cortés don Diego Ordóñez
templóse de cortesano,
respondiendo a voces altas
con órgano humilde y bajo;
y con el rostro risueño,
un poco torcido el brazo,
de codo sobre la espada,
y el rostro sobre la mano,
le dice: —Aquesas proezas,
y esos hechos soberanos,
el cielo y tu buena suerte
se las concedió a tu brazo:

en tu causa soy testigo,
y por serlo en razón valgo,
y tú en las mías no vales
por testigo apasionado;
y aunque puedo referirte
valentías y hechos raros,
que casi imitan los tuyos,
aunque a los tuyos agravio,
sólo diré por honrarme
con lo que me has deshonrado,
que les di muerte a dos hijos
del que ha sido tan honrado,
que se ha atrevido a venir
al real de su contrario.
Repórtate, Gonzalo Arias
repórtate, Arias Gonzalo.
El viejo, que ya tenía
el corazón desfogado,

conoció haber emprendido
un hecho muy temerario;
de esto y del valor de Ordóñez
viéndose tan obligado,
profesando su amistad
le pide la amiga mano.
Diola don Diego de Lara
con un semblante gallardo,
y tras darla, el uno al otro
enreda y cruza los brazos.
Celebran las amistades
todos y el Cid castellano,
y con esto dio la vuelta
a Zamora Arias Gonzalo.

Terminóse de imprimir este libro
el día 30 de noviembre de
2000, festividad de
san Andrés

No se ganó Zamora
en una hora